

- MARIA ILIESCU, *Grundfragen der zweisprachigen Wörterbücher.*  
 IORGU IORDAN, *Principes de définition dans les dictionnaires unilingues.*  
 BÉLA KELEMEN, *Contributions à la méthode de rédaction des dictionnaires bilingues.*  
 LEON D. LEVITZKY, *Bilingual Dictionaries: Suggestions.*  
 VLADIMIR DRIMBA, *L'alphabet de la langue tatare parlée en Roumanie.*  
 FLORICA DIMITRESCU, *Le concept de locution.*  
 I. PĂTRUȚ, *Sur le genre «neutre» en roumain.*

Felicitemos a cada uno de los contribuyentes a este volumen de *Mélanges linguistiques*; felicitamos a la Academia Rumana por la edición, y más todavía por haberla hecho en francés, con lo cual se facilita la consulta a muchos lectores, sobre todo en Hispanoamérica. Registramos, además, con gusto, las informaciones que presenta D. MACREA al comienzo del tomo, sobre la intensa y variada actividad lingüística que se está desarrollando en Rumania.

LUIS FLÓREZ.

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

MIGUEL BATLLORI S. I., *Gracián y el Barroco.* Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1958. 220 págs.

Como número 70 de la colección Storia e Letteratura, aparece este tomo del jesuíta Miguel Batllori, en el que se recoge una serie de ensayos sobre Baltasar Gracián, publicados, con excepción de uno, en ocasiones anteriores. El tomo quiere ser homenaje a Gracián en el tricentenario de su muerte.

*La preparación de Gracián, escritor: 1601-1635* (págs. 11-54) es el título del primer estudio. "En un autor como Gracián, que vuelca en sus escritos su propia experiencia vital — tan racionalizada y universalizada como se quiera, pero siempre personal y viva — igual, si no mayor, importancia tienen sus años ocultos de preparación, que los de agitación y movimiento externo". A la luz de nuevos documentos ofrece Batllori interesantes datos sobre la familia de Gracián. Su padre, Francisco Gracián, no era jurista sino "doctor médico, natural de Sariñena". Del *Libro de las pruebas de limpieza de linaje de los que pretenden ser de la Compañía* (archivo de la antigua provincia de Aragón) se concluye que los padres y los cuatro abuelos de Gracián eran "todos gente limpia y honrrada, christianos viejos". La sospecha de judaísmo con respecto a Gracián carece, pues, de fundamento. Su linaje no era de infanzones ni de hidalgos, ni abundaban en bienes de fortuna. El noviciado Gracián lo pasó en Tarragona (1619-1621), bajo la dirección del rector y maestro Crispín López y de los Padres Pérez de Culla y Pedro Fons.

En el noviciado era palpable la desproporción entre los elementos venidos de los cuatro reinos de la antigua corona de Aragón: cuatro aragoneses, cinco catalanes, dos mallorquines, un castellano y doce valencianos. Los estudios mayores los adelantó en Calatayud (1621-23) y Zaragoza (1623-27). En Calatayud, su tierra natal, estudió filosofía bajo el magisterio del Padre Pedro Continente. En Zaragoza adelantó los estudios teológicos en medio de un ambiente no precisamente de calma. "Ni en los años de sus estudios, ni en los sucesivos, encontramos muestra alguna de aprecio singular y extraordinario de su ingenio por parte de sus maestros: se reconoce siempre su buen talento y su aprovechamiento en los estudios, pero nunca con calificación alguna ponderativa, como la de 'óptimo' que se concede a otros sujetos enteramente insignificantes". El sacerdocio debió de recibirlo en 1627. En ese año inició Gracián la docencia en el colegio de Calatayud con una cátedra de gramática. Allí desempeñó también la cátedra de métrica latina, a juzgar por el testimonio de la *Agudeza y arte de ingenio* (discurso LX). El colegio de Calatayud era considerado como "muy a propósito para todo género de estudios, por los muchos pueblos circunvezinos". En 1630 pasó a Valencia a iniciar el año de su tercera probación. Provincial de Aragón era entonces su maestro de novicios, Padre Crispín López. Terminado el año de probación, pasó a Cataluña. En Lérida desempeñó a partir de 1631 la cátedra de teología moral. Simultáneamente desempeñó el cargo de consultor del colegio. De Lérida pasó a Gandía como profesor de filosofía. "En esta su alternante vida, Gracián no cambia sólo, ahora, de colegio, de región, de disciplina científica, sino de humor también y de carácter". Durante su permanencia en Gandía fueron muchos los choques que tuvo con sus cohermanos por motivos regionalistas, "pero por mucha melancolía que esos roces pudiesen crear en el ánimo de Baltasar Gracián, ni ahora ni nunca, hasta el momento de la grave crisis de Zaragoza, le enfriaron un punto su amor a su vocación". En el año de 1634 el Padre Vitelleschi, General de la Compañía, dispuso que Gracián "haga la profesión solemne de quatro votos".

El segundo estudio (págs. 55-100) se titula *La vida alternante de Baltasar Gracián en la Compañía de Jesús*. "Las 'alternancias' informan toda la concepción filosófica de Gracián. Tal vez, inconscientemente, proyectara en su obra literaria el proceso alternante de su misma vida interior y de su vida religiosa. En un espíritu tan reconcentrado e introvertido, la biografía externa no es pura anécdota, ni puro marco ambiental, sino verdadera raíz asimiladora. De ahí su interés, como base para explicar actitudes, reacciones y sistemas". Gran servicio a la bibliografía graciana prestó por esto Adolphe Coster con su *Baltasar Gracián (Revue Hispanique, 1913)*. M. Romera-Navarro (*El crítico*, ed. crítica y comentada, Filadelfia, University of Penn-

sylvania Press, 1938-40), y E. Correa Calderón (*Obras completas*, introd., recopilación y notas, Madrid, Aguilar, 1944) han completado con sus ediciones gracianas el trabajo de Coster. El Padre Constancio Eguía (*La formación escolar y religiosa de Baltasar Gracián*, en *Boletín de la Real Academia Española*, Madrid, XVIII, 1931) ha profundizado en la biografía graciana de los años 1619-1627. Pero la fuente primordial para la biografía de Gracián y para la comprensión de su problemática vida son sus escritos. Desgraciadamente las cartas de Gracián a los generales de la Compañía: Vitelleschi (1615-1645), Carrafa (1646-1649), Piccolomini (1649-1651), Gottifredi (1652) y Nickel (1652-1664), se han perdido. Por fortuna, las respuestas de estos generales, correspondientes al período de 1619 a 1658, sí se conservan. Ilustran también la biografía graciana los catálogos trienales, las actas de las congregaciones provinciales y las cartas anuas. Las fuerzas físicas de Gracián se debilitan a medida que avanza su errante vida de un colegio a otro de la Compañía, aunque hay que decir que "las ondulaciones de su perfil psicossomático coinciden sólo en parte, durante su vida, con su estado de salud".

La primera etapa docente de Gracián termina en 1636. En este año, adscrito al colegio de Huesca, se dedica a la predicación y al ejercicio de la pluma. En 1639 pasa a Zaragoza como confesor del virrey duque de Nocera. En 1640 se encuentra en Madrid. De 1642 a 1644 permanece en Tarragona. De aquí pasa a Valencia y toma parte, como capellán militar, en la expedición militar de Leganés en socorro de Lérida. Vuelve a Huesca y permanece aquí hasta 1651. De 1651 a 1652 regenta la cátedra de Escritura en Zaragoza. "Estas alternancias urden la vida de Gracián sobre una trama de constantes axiles: las características del ambiente en que se desenvolvió su personalidad". Dificultades político-sociales fueron las que especialmente afectaron a Gracián en su vida de jesuita. Ahora, para comprender el caso de Gracián escritor, hay que tener en cuenta el clima cultural en que se movió "y del que tuvo que evadirse". Las provincias españolas de la Compañía florecían en tiempos de Gracián en el orden escriturario, ascético, filosófico y literario, con excepción de la de Aragón, la de Gracián, minada por las discordias regionalistas. Los provinciales de Aragón, desde luego, hicieron esfuerzos por mejorar la situación, pero los empeños de los Padres Francisco de Caspe, Continente y Luis de Ribas apenas si se vieron recompensados. "En una orden religiosa en que la actividad apostólica es un elemento esencial de su instituto y de su propia ascética, y en que la actuación cultural constituye un medio también esencial, al menos colectivamente, de apostolado, la difícil situación ya apuntada que, en fin de cuentas, nacía principalmente de causas ajenas a la misma Compañía, cuales

eran las circunstancias políticas y culturales del ambiente, hubo de influir algo en toda la vida religiosa de la provincia”.

“Pocos escritores hay, en toda la literatura española, que trasvasen a sus obras un tan grande caudal de experiencia personal y de erudición libresca a la vez”. Esto a pesar de que el estado de las bibliotecas de los jesuitas de la provincia de Aragón era poco menos que lamentable. “Esto no quiere decir que en tal o cual colegio no se tuviese verdadero y positivo interés por tener al día la biblioteca”. Además “es explicable que el descuido de las librerías trajese consigo algunos subterfugios que supliesen de algún modo la falta de libros”. *El héroe* (1637), primera obra de Gracián, se explica a la luz de estas circunstancias. Dice Batllori que esta obra tiene más precedentes que fuentes. *El político* (1640), concebido en el medio culto del palacio de Lastanosa y encarnado en la persona histórica de Fernando el Católico, denota un predominio de lo libresco sobre lo personal. El *Arte de ingenio*, primera redacción publicada en 1642, tiene raíces más vitales: “en ella acumuló sus observaciones de estudiante humanista en Toledo y Calatayud (?), sus experiencias de maestro en el colegio bilbilitano de 1627 a 1630, sus lecturas espaciadas en toda su curiosa vida, y las más nerviosas y apasionadas cabe aquel prodigio de bibliofilia que era su amigo don Vincencio Juan de Lastanosa”. Gracián tuvo un delicado problema con la publicación de sus escritos: la censura de libros en la Compañía. *El héroe* apareció con el nombre de un su hermano, para burlarla. Amonestado por el General Vitelleschi, Gracián presentó a censura su *Arte de ingenio*; pero comprendiendo que *El político* no sería bien visto por sus superiores, lo hizo aparecer bajo la responsabilidad de Lastanosa. El casuismo de Gracián era “laxo por excesivamente benigno”. Ayudado por la benignidad del Provincial Pedro Fons, Gracián permaneció al lado de Lastanosa hasta 1640, cuando pasó a Zaragoza. En 1642 recibía el nombramiento de vicerrector de Tarragona, con atribuciones de superior, siendo Provincial Domingo Langa. Se trataba de encontrar un hombre que estuviera en buenos términos con castellanos y catalanes. “Pocos como Gracián eran capaces de llenar a satisfacción entrambos cometidos: sus triunfos en la corte demostraban su trato cortesano y prudente; su amistad íntima con el duque de Nocera, partidario declarado de la clemencia con Cataluña para no forzarla a echarse en manos de Francia, le había de hacer bienquisto a los catalanes, entre los cuales había hallado grata acogida en otros tiempos”. En 1644 pasó a Valencia y esta su segunda estancia se hizo “famosa por el sermón en que anunció una carta del infierno, asunto terrorífico que cae muy bien en aquellos años de guerra”. En el 46, como ya se dijo, intervino en la campaña de Lérida. La época más fecunda y más indocumentada de la vida de Gracián es la que va de 1646 a 1651. *El discreto*,

el *Oráculo manual y arte de prudencia*, la *Agudeza y arte de ingenio* y la primera parte del *Criticón* fueron el fruto de estos cinco años pasados en Huesca junto a la biblioteca de Lastanosa. En 1652 editó y prologó la *Predicación fructuosa: sermones al espíritu sobre los motivos que ay más poderosos para reduzir los hombres al servicio de su Criador; van confirmados con raras historias*, cuyo autor era el Padre Pedro Jerónimo Continente, sobrino del Padre Pedro Continente, Provincial y protector de Gracián.

De 1651 a 1658, último período de la vida de Gracián, se suceden los hechos amargos provocados por *El criticón*. La congregación de 1651 vio al Padre Baltasar en la cátedra de Escritura del colegio de Zaragoza. El Provincial Francisco Franco cumplía con este nombramiento la voluntad del General Francesco Piccolomini, quien en la *Ordinatio pro studiis superioribus* insistía en los estudios de teología positiva y escriturística. Algunos padres de la provincia aragonesa no tomaron a bien la designación hecha por el Padre Franco y se dirigieron al nuevo General Goswin Nickel, haciéndole ver que Gracián había “sacado a luz con nombre ageno y sin licencia alguna libros poco graves y que desdican mucho de nuestra profesión”. Otra queja llegó al General en el sentido de que Gracián no satisfacía “al oficio de maestro de Escritura” ni era “apropiado para la buena educación de nuestros hermanos estudiantes”. Afortunadamente, el Provincial de Aragón, en el momento de estas quejas, era el Padre Diego de Alastuey, superior de Gracián en otras ocasiones y quien sentía por él especial benevolencia. El Padre Alastuey defendió a Gracián y gestionó la revisión y publicación de *El comulgatorio*, obra en que, como dice Batllori, “se nos transparenta el Gracián histórico, religioso fiel a su vocación y consecuente con sus principios, a pesar de sus ‘cosillas’, casi todas nacidas de su reacción contra la mediocridad cultural que le rodea”. La calma no iba con todo a durar. *El criticón* iba a ser la piedra de escándalo. “Difícil es explicarse por qué Gracián, maestro de discreción y de prudencia, no siguió, con su obra más peligrosa, la misma táctica de que se había valido anteriormente: hacer que la publicase Lastanosa”. “La dificultad — añade el autor — estaría en la segunda parte, donde en *El yermo de Hipocrinda* se verían retratados y satirizados muchos de sus ‘padrastros’ de Valencia”. El General Goswin Nickel reaccionó indignado, imponiendo a Gracián “precepto y censura”, lo que quiere decir que lo obligaba bajo pecado grave y pena de excomunión a no “escribir ni sacar a luz semejantes libros”. El nombre de Lorenzo Francés de Urritigoiti, a quien iba dedicada la tercera parte de *El criticón*, no libró a Gracián de las “prevenciones acumuladas” en tantos años contra él, máxime cuando la segunda parte, la que podía considerarse como lesiva del honor de la Compañía, no había podido ser glosada por estar dedicada a nadie menos

que a don Juan de Austria, personaje a quien los jesuitas querían tener favorable por razones un tanto políticas. “Nótese — advierte Batllori — que en su tiempo el publicar tal o cual libro sin licencia de los superiores no era considerado como una falta especialmente grave; se imponían, sí, penitencias por ello, pero sin gran trascendencia: la prueba podía ser el mismo Gracián, que se pasa veinte años enteros, de 1637 a 1657, publicando y reeditando constantemente libros piratas sin ser molestado apenas, hasta que su persistencia, muy aragonesa por cierto, y su indiscreción llegaron al colmo”. La lentitud de la correspondencia con Roma y las dificultades referentes a los gastos de impresión, que por voluntad de los generales de la Compañía debía hacerse dentro de los marcos de la profesada pobreza, fueron factores que, además de los de orden ideológico, llevaron a Gracián a burlar las órdenes de sus superiores. En la crisis de *El criticón* figuraron como protagonistas el Padre Diego La Gasca, rector de Zaragoza, quien cesó en su cargo antes que las cosas llegaran al punto álgido; el Padre Domingo Langa, también rector de Zaragoza, quien en alguna ocasión había favorecido ampliamente a Gracián; el Padre Diego de Alastuey, Provincial de Aragón, quien, como se ha dicho, apreciaba altamente a Gracián; el Padre Goswin Nickel, General de la Compañía, quien tuvo que hacer frente al ambiente adverso estimulado contra los jesuitas por Pascal; y, por último, el Padre Pablo de Rajas, “atizador del conflicto”, quien representaba inmejorablemente el espíritu regionalista de los valencianos. “Tan pronto como en 1657 apareció la última parte de *El criticón* sin censura de la Compañía ni salvaguarda de ningún género, se acumularon las acusaciones contra Gracián, unas directamente contra este tercer tomo, por haber el autor conculcado el precepto de obediencia de no escribir ni publicar tales libros; otras contra la segunda parte, pues sólo al ‘yermo de Hipocrinda’ (*El criticón*, II, 7) podía apuntar la especie de que había escrito ‘contra la Compañía’ y ‘contra su gobierno’”. En la lucha que se desató contra Gracián ocupó lugar muy destacado el Padre Rajas, a cuya inspiración se debe la *Crítica de reflexión*, aparecida en 1658 bajo el anagrama de Lorenzo Matheu y Sanz. El Provincial Jacinto Piquer procedió con singular energía: se le dio penitencia a Gracián en el refectorio, se le destituyó de su cátedra y se le envió en castigo al pequeño colegio de Graus. “Confinado en el incómodo colegio ribagorzano, Gracián sufrió una profunda depresión de espíritu, y bajo el peso de su tristeza escribió al General”. Mientras tanto llegaba a Zaragoza el Padre Francisco Franco y convencía al Padre Piquer de lo exagerado de las acusaciones contra Gracián y de la dureza del castigo impuesto. En abril de 1658 el Provincial enviaba a Gracián a Tarazona, ya rehabilitado, con los cargos de admonitor del rector, de consultor del colegio y de confesor y padre espiritual

de la comunidad. Simultáneamente se dedicaba a los menesteres apostólicos de la predicación. Sin embargo, la tempestad suscitada por *El criticón* había herido de muerte al inquieto Padre Baltasar, y el 6 de diciembre del año 1658 entregaba su espíritu a Dios.

*La barroquización de la Ratio Studiorum en la mente y en las obras de Gracián* es el título del tercer estudio (págs. 101-106) del libro del Padre Batllori. "Generalmente — comienza por decir el autor — el problema de lo barroco y de lo jesuítico se plantea en el campo de las artes plásticas". Pero el Barroco histórico postrenacentista, tan distinto del Neoclasicismo iluminista como del Renacimiento humanístico, se entiende también de las artes literarias (la retórica y la poética). Aquí el careo entre barroco y jesuítico es más legítimo, ya que las artes plásticas no entraban dentro de la ordenación cultural de la Compañía, mientras que lo literario siempre fue elemento formativo en los colegios jesuitas. El Barroco es un fenómeno de la Europa seiscentista, "con una proyección hacia América y con una reversión desde América", pero "no hay duda que España, por coincidir aquel período con el de sus más universales artistas y escritores, fue una de las regiones donde lo barroco halló más abonado campo". De donde un jesuita barroco español, el Padre Baltasar Gracián, puede servir muy bien de motivo para estudiar "qué transformación sufrió la *Ratio studiorum*, de inspiración estrechamente y estrictamente renacentista, en la época barroca". Gracián, conceptista según la terminología ya consagrada, abarca en su retórica y en su poética todas las formas posibles del Barroco. La *Ratio studiorum*, por su parte, no puede considerarse, precisando conceptos, ni como código escolar del humanismo ni como legislación pedagógica del Barroco literario. Su texto definitivo (1598-99) coincide con la plenitud del Barroco, pero en realidad es fruto de un momento anterior, el Manierismo, tránsito del segundo Renacimiento al incipiente Barroco. "Esa coyuntura histórica, lejos de dañar a la *Ratio*, contribuyó a darle vitalidad y a lanzarla con viento medio, pero constante y gobernable, a la historia de sus dos siglos de exclusivo dominio en el campo de la pedagogía literaria". El Barroco literario supone la afirmación de las lenguas vernáculas como lenguas de creación, mientras el latín queda relegado a la condición de lengua propia para la especulación pura. El Barroco literario, además, supone el triunfo de la estética de la invención sobre la estética de la imitación, de raíz aristotélica y consagrada enteramente en la *Ratio*. De donde la significación de la *Agudeza y arte de ingenio* del jesuita Gracián, obra en que el español precede al latín y en que lo agudo, lo ingenioso, el concepto, lo ejemplar, lo escogido, lo más bien dicho substituyen a la imitación, "tan machacada en la *Ratio*". La estética graciana no es ciertamente la estética de la *Ratio*, pero tampoco fue su negación sino más bien un intento de enriquecimiento.

La conclusión de Batllori es optimista: “la *Ratio atque institutio studiorum*, aunque nacida en el tránsito del segundo Renacimiento al Barroco, ha podido adaptarse sin gran esfuerzo a todas las modalidades de la cultura moderna, al menos en lo esencial — que es, por encima de los preceptos retóricos del Renacimiento en su última etapa manierística, lo que de auténtico humanismo cristiano infundió en su legislación el genio de San Ignacio, ayudado por aquellos colaboradores que más habían sorbido de la esencia del Renacimiento europeo, elemento esencial y aún vivo de toda la cultura occidental”.

El cuarto estudio se titula *Gracián y la retórica barroca en España* (págs. 107-114). Opina Batllori que en la historia de las corrientes culturales sucede lo que en la historia de las escuelas de espiritualidad: para concretar a un personaje hay que analizar el ambiente geográfico y la atmósfera de su grupo. Así *El comulgatorio* de Gracián se entiende a la luz de la espiritualidad española del siglo xvii y de la escuela ascético-mística de los jesuitas; así también la *Agudeza y arte de ingenio* se explican por el ambiente español y por el específicamente aragonés en que se produjo y por la tradición literaria jesuítica, plasmada en la *Ratio studiorum*. Gracián, en su estética, entronca en el último Renacimiento y en el Barroco, diferenciándose, claro está, por su raíz hispánica. “Gracián es sólo un caso — pero de altísimo significado — del problema más general de lo jesuítico en función de la Contrarreforma y del Barroco”. No se discute que la Compañía de Jesús desempeña un papel de primer orden en la Contrarreforma. En el campo religioso este papel primario no es forzosamente preeminente ni mucho menos absorbente. En el terreno cultural, identificar Contrarreforma y Barroco es hacer una simplificación apriorística. Hay que convenir, por lo menos, en que la Contrarreforma en su primer momento no fue barroca sino manierística. La escuela arquitectónica jesuítica, representada en el Gesù, y la literaria, dominada por la *Ratio studiorum*, son precisamente frutos del Manierismo. En efecto, la *Ratio* no representa el Renacimiento del tiempo de Erasmo y de Vives, sino el de Pedro Juan Perpiný en el Colegio Romano. La legislación escolar de la Compañía y la mentalidad literaria de la Europa del siglo contrarreformista reconocen a Aristóteles como retórico por excelencia. “En toda la documentación previa a la elaboración de la primera *Ratio studiorum* de 1586, publicada en los *Monumenta paedagogica Societatis Iesu*, aparece ya como una convicción general e inconcusa que Aristóteles ha de ser el maestro para las disciplinas filosóficas, como Santo Tomás para la teología especulativa”. La *Retórica* de Aristóteles no estaba pues al margen de la primitiva pedagogía jesuítica. Ahora, el problema del paso de la retórica de la *Ratio* a la también jesuítica del Barroco equivale al paso de la retórica aristotélica a la barroca en un plano más general. “Bastó perder el sen-

tido de la medida — y en esto radica la esencia del Barroco — para desbocarse por el sendero del barroquismo”. Si se trata de retórica no puede hablarse de una transposición de lo jesuítico en lo barroco, porque los superiores de la Compañía no dejaron de protestar y prevenir contra los excesos barrocos. En cuanto a las artes plásticas, los espectáculos y la poética, como no eran asuntos que interesaran propiamente la vida sana de las almas, los jesuitas no sólo no se opusieron a estas manifestaciones barroquizantes, sino que incluso las utilizaron como medios de propaganda en el apostolado y en la enseñanza. En todo caso, puede decirse que Gracián debió a la *Ratio* la fundamentación aristotélica de su retórica y poética de corte barroco. Precedentes españoles encontró desde luego en las poéticas y retóricas de los siglos xvi y xvii, entre las que destacan *De artis rhetoricæ compendiosa coaptatione ex Aristotele, Cicerone et Quintiliano* de Nebrija (Alcalá, 1529) y *De arte rhetorica libri tres ex Aristotele, Cicerone et Quintiliano deprompti* del jesuita Cipriano Suárez o Soarez (Coimbra, 1561). Un toque de remozamiento se notaba ya en los tratadistas del siglo xvi, que preferían el español al latín para sus lucubraciones. “Hablando con exactitud, la *Agudeza y arte de ingenio* no es una retórica ni es, por su contenido, conceptista. Es una estética literaria barroca”. El mérito de Gracián está en que, “como jesuita, barroquizó la *Ratio studiorum*, superando la imitación aristotélica por la agudeza”.

*Revisiones críticas* es el título del último estudio de este tomo dedicado a Gracián (págs. 115-133). “Si algún autor incita, en toda la literatura española, a minuciosos y serios estudios estilísticos, éste es Gracián, para quien estilo no es trasvasación inmediata y vital, sino elaboración conceptual y expresiva: estilo de pensar más que estilo de escribir”. Miguel Romera-Navarro, a quien se debe la edificación definitiva de *El críticón* (Londres, 1938-1940), es el autor del más ponderado estudio sobre *El héroe: Estudio del autógrafo de “El héroe” graciano* (Madrid, 1946). Batllori glosa la curiosa afirmación de Romera-Navarro, de que Gracián por amor de los libros “llega a sacrificar su voto sagrado de obediencia al superior”. Se destacan también dos publicaciones de la colección de estudios hispánicos de la Universidad de Texas: *Francisco Santos' Indebtedness to Gracián* de John Hayes Hammond (1950) y *Estudios sobre Gracián* del citado Romera-Navarro (1950). En el tercero de estos estudios: *El autor de la “Crítica de reflexión”*, se comprueba que esta obra, aparecida con la firma de Sancho Terzón y Muela y atribuida al Padre Paulo Albiniano de Rajas, es del jurisconsulto Lorenzo Matheu y Sanz. Para el conocimiento del ambiente erudito y barroco de Huesca en que vivió Gracián, se recomiendan dos estudios de Ricardo del Arco: *La erudición aragonesa en el siglo XVII en torno a Lastanosa* (1934) y *La erudición española en el siglo XVII* (Madrid,

1950). Las ideas políticas de Gracián reciben luz en los siguientes trabajos: *1635: Historia de una polémica y semblanza de una generación* (Madrid, 1949) de José M<sup>o</sup>. Jover; *El mundo internacional en la época de Gracián* (conferencia pronunciada en la Universidad de Santiago de Compostela en 1945) de Camilo Barcia Trelles (*Estudios de política internacional y derecho de gentes*, Madrid, 1948), *Gonzaga e a Justiça. Confrontação de Baltasar Gracián e Tomás António Gonzaga* (Lisboa, 1950) de João de Castro Osório y la introducción al *Oráculo* hecha por L. B. Walton: *The Oracle: A Manual of the Art of Discretion* (London, 1953). Fuera de la edición del *Oráculo* hecha por Walton están la de Romera-Navarro: *Oráculo manual y arte de prudencia* (Madrid, 1954) y la de Giovanni Maria Bertini: *El oráculo manual* (Milano-Varese, 1954). Francisco Maldonado de Guevara (*Cinco salvaciones*, Madrid, 1953) toma de Gracián el concepto de "salvación" y lo desarrolla en un sentido más bien orteguiano. "Maldonado de Guevara — anota Batllori — confirma el espejismo que sufre quien considere el Barroco como pura continuación del Renacimiento".

Como *Apéndices* de su libro trae Batllori los siguientes: *Los autógrafos de Gracián conservados en el Archivo Nacional de Santiago de Chile* (págs. 137-154) con examen paleográfico y consecuencias biográficas; *El texto más genuino de la relación graciana sobre el socorro de Lérida* (págs. 155-168); *Documentos* (págs. 169-200).

Ocho grabados completan e ilustran el texto. Y, como es natural en esta clase de libros, no faltan un completo índice onomástico y un índice general.

Hay que destacar que este volumen de la colección *Storia e Letteratura*, dirigida con tanto acierto por monseñor De Lucca, es el primero dedicado a un tema netamente español.

CARLOS VALDERRAMA ANDRADE.

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

LUIS GALVIS MADERO, *El Adelantado*. Prólogo de Carlos Restrepo Canal. Ediciones Guadarrama, S. L., Madrid, 1957. 382 págs.

Es ésta una biografía del fundador de Bogotá, don Gonzalo Jiménez de Quesada. Para quien esté medianamente empapado de los principales rasgos biográficos de Quesada y de la forma como se produjo el descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada, así como de los principales detalles que antecedieron y siguieron a la fundación de la que hoy es capital de Colombia, el libro del señor Galvis Madero no contiene nada nuevo, ni por el aporte de docu-